Ángel González: «Mi biografía está en mis poemas»

Ana Solanes

EL POETA ÁNGEL GONZÁLEZ MURIÓ EN MADRID, A LOS 82 AÑOS, EN EL PASADO MES DE ENERO. ESTA ENTREVISTA FUE UNA DE LAS ÚLTIMAS QUE CONCEDIÓ, POCOS DÍAS ANTES DE FALLECER.

La cita era en la plaza de San Juan de la Cruz y en la Kontiki, el bar madrileño, situado junto a su casa, al que Ángel González acudía a diario a comer, poco –por lo general un sándwich mixto con huevo–, a beber buen vino, aunque no muy caro, y a tomarse un whisky con cualquiera de sus muchos amigos, siempre de la misma marca, en vaso bajo y con dos piedras de hielo rituales. Al autor de *Palabra sobre palabra* le gustaba cuidar sus costumbres hasta el punto de que, en ocasiones, hasta llegaba a ponerles nombre: cuando la copa no era la primera de la mañana sino la primera de la tarde, siempre la tomaba en el mismo momento, que había bautizado como «la hora Hemingway.» El día en que nos encontramos para hacer esta entrevista, Ángel sonreía, como siempre; pidió un cocido del que pensaba comerse cuatro o cinco garbanzos y, mientras lo traían, le hacía carantoñas a un bebé que se quedaba absorto mirándole, como con respeto, y él me explicó entonces que le gustaba a los niños porque les trataba como a personas adultas y les dejaba tranquilos. Era verdad, y creo que podría añadirse que lo era como todo lo que él decía, porque tengo la impresión de que Ángel González a veces se callaba, por el puro placer de dejar hablar a otros, y a veces cambiaba de conversación, por prudencia o por falta de maldad; pero nunca mentía.

Ese día Ángel habló más que de costumbre, o al menos más de lo que yo le oí hablar nunca, porque tener la suerte de conocerlo era también llevarse la sorpresa de descubrir cuánto disfrutaba este maestro de la palabra enmudeciendo entre amigos, con su copa y su cigarro, casi siempre en un cómodo silencio que rompía de vez en cuando con algunas frases agudas, certeras, para seguir opinando después, sobre todo, con los ojos, como escribía de él hace unos meses y en esta misma revista, Luis García Montero. Si en una de esas reuniones alguien no hubiera sabido que el joven anciano que estaba allí sentado en silencio era uno de los más grandes poetas españoles, seguramente hubiera pensado, de igual forma, que ese anciano tan joven era un sabio, y se habría quedado absorto escuchando su mirada, como los niños.

Pero ese día de invierno, el autor de *Sin esperanza, con convencimiento*, el académico, Premio Príncipe de Asturias y voz fundamental de la llamada generación del medio siglo, se prestó contento a hablar de su poesía y de su vida, de la guerra y del amor, de sus esperanzas y sus convencimientos. Aquella conversación tan sólo iba a ser una parte de la entrevista que debíamos continuar algún otro día, sin prisa, pero que, con su muerte el pasado mes de enero, se ha interrumpido, se ha llenado de verbos en pasado, ha quedado rota como tantas otras cosas, tantos planes y tantos corazones de amigos y lectores de este excepcional poeta y esa maravillosa persona que fue Ángel González. Con la ironía que lo caracterizaba, una ironía que él solía atribuir a su origen asturiano y que a veces rayaba en el humor negro, el autor de *Áspero mundo* le puso al que por desdicha va a ser su último libro de poemas, en el que trabajaba desde hace años, el título de *Nada grave*. Entonces eso aún no se sabía, y sólo se descubrió cuando su mujer, Susana Rivera, revisó el manuscrito de esa obra aún en marcha que el poeta guardaba en su ordenador; pero durante nuestra conversación sí que hablamos de los poemas nuevos que había escrito, cuando le pregunté cómo eran y cuándo pensaba publicarlos; y su respuesta fue preocupante: «Tengo algunos poemas, pero son tan pesimistas, tan negros, que no me parece que se puedan publicar... Al menos mientras yo esté aquí y tenga que dar la cara por ellos.»

Y, sin embargo, Ángel González parecía muy contento esa tarde. Estaba ilusionado porque, como cada año por esta época,

Susana iba a llegar pronto a Madrid desde Alburquerque, Nuevo México, donde es profesora; y, sobre todo, porque el proyecto, largamente acariciado por ambos, de que ella pidiese una excedencia y viniera a vivir a Madrid, en lugar de andar yendo y viniendo los dos de Estados Unidos a España y viceversa, parecía que, por fin, iba a poderse llevar a cabo. Hablar con Ángel González era hablar con un hombre enamorado, que quería de una manera incondicional a su mujer, con la que llevaba tantos años, y de eso nos reímos también esa vez, al recordar una broma que solía gastarle su amigo y compañero de generación literaria, y de muchas cosas más importantes que la literatura, José Manuel Caballero Bonald: «¡Qué disparate, Ángel! ¿Cómo se puede estar enamorado a tu edad?» Pero el caso es que lo estaba, y hasta tal punto que, al modo de las historias más románticas, la pasión de Ángel por Susana era cada día más profunda y hasta llegó más allá de la muerte, como pudimos comprobar quienes asistimos a la inhumación de sus cenizas en Oviedo, donde su amigo Luis García Montero dio lectura a un documento que el maestro había dejado escrito en el año 2000, cerrado en un sobre que sólo debía abrirse tras su muerte. Era una carta de amor a su mujer, en la que le repetía que era la persona que más quiso en el mundo, le pedía que intentase ser feliz y le enviaba, al final, «un beso muy largo, interminable.» Para que ninguno de los lugares que prefería su marido se queden del todo sin él, a la mañana siguiente del entierro multitudinario del poeta en el panteón familiar del cementerio de El Salvador –una sepultura que en nuestra charla de la Kontiki definió como «su única posesión en Asturias»–, Susana subió con algunos de los amigos más íntimos de la pareja al Naranco de Bulnes, y en un lugar predilecto de Ángel, al que solían ir a pasear y a recoger flores silvestres, una pequeña pradera que hay junto a la iglesia prerrománica de San Miguel de Lillo y a pocos metros de la de Santa María del Naranco, esparció otra parte de sus cenizas, al pie de un árbol cubierto de hiedra que, sin duda, crecerá como ningún otro de su especie.

Pero todo eso sucedería algo más tarde, en realidad muy poco después, tan cerca de aquella comida en la Kontiki, que ahora parece increíble que Ángel González ya no esté aquí, que su paso de la vida a la muerte haya sido tan veloz. Antes de eso, el autor

de *Prosemas o menos* habló para *Cuadernos Hispanoamericanos* de su vida y su obra tranquilamente, igual que si no lo estuviera acechando ninguna amenaza.

– *Siempre recita, al empezar cada una de sus lecturas de poemas, uno llamado «Para que yo me llame Ángel González», que suele definir como su sintonía. Y luego tiene, a lo largo de su obra, otros poemas que incluyen su nombre y plantean dudas sobre la identidad. ¿Es un tema que le obsesiona?*

– No sé muy bien el por qué, pero es cierto que siempre fue un tema sobre el que insistí. La extrañeza de mí mismo, el no saber muy bien quién soy, el tratar de aclarar mi identidad, el cómo y el para qué de nuestra presencia en este mundo...Todo eso me lleva a escribir, a lo largo de los años y en diferentes libros, poemas que tienen que ver con la identidad. Mi poesía tiene un fuerte aspecto confesional, pero no sólo en el sentido político, sino también en un ámbito privado, y ésos son también poemas testimoniales de mí mismo, una especie de autorretrato corregido a lo largo del tiempo.

– *¿La autobiografía es parte del estilo, entonces? Quizás eso explique por qué José Agustín Goytisolo y usted son los dos poetas más amargos de la generación del 50: a fin de cuentas, son los dos que sufrieron el drama de la guerra civil más de cerca, más en la propia piel, puesto que él perdió a su madre y usted a uno de sus hermanos.*

– Bueno, sí, es verdad que el resto de poetas de la generación del 50 tuvo una infancia durante la Guerra Civil podríamos decir que incluso amable, porque pertenecían a familias de la burguesía que estaban muy en contra de lo que estaba pasando en la España de entonces. Eso lo dijo en más de una ocasión Jaime Gil de Biedma, que recordaba aquel tiempo como un largo periodo de vacaciones y ocio, con lo que, si lo piensas bien, quizá tiene más mérito que luego tomase conciencia de quién era quién y se convirtiese en un hombre de izquierdas que, como tantos otros, tuvo

---

«Mi poesía tiene un fuerte aspecto confesional, pero no sólo en el sentido político, sino también en un ámbito privado»

que serlo contra su cuna, por decirlo de algún modo. El caso de José Agustín es cierto que condiciona su poesía y para bien, aunque sea a partir de una desgracia, porque su libro *Palabras para Julia*, que yo creo que, junto con *Salmos al viento*, es lo mejor que escribió, parte de la muerte de su madre en el bombardeo en Barcelona. Pero, aparte de eso, creo que soy el único de toda la Generación del 50 cuya familia estaba abiertamente en el bando de los perdedores y eso también influye en que se note más en mí que en otros poetas el impacto de la Guerra Civil. Por otra parte, los niños viven las guerras más como una aventura que como un drama. Me refiero, naturalmente, sólo a un tanto por ciento de las guerras, no a los bombardeos, los crímenes, las cárceles...; a la experiencia tan a destiempo de la muerte y del dolor, porque eso es terrible; pero sí a la emoción del peligro, el desorden en los hábitos, los cambios urgentes de casa, las carreras a los refugios antiaéreos, las habitaciones a oscuras o iluminadas con velas... Todo eso, para un niño es un juego.

– *Pero, volviendo al tema de su pertenencia a una familia de perdedores de la Guerra Civil y a la influencia que eso pudo tener en la dirección que siguió su obra, ¿realmente cree que, en el fondo, tiene más merito que autores como Gil de Biedma se hicieran poetas comprometidos o, al menos, ciudadanos de izquierdas, lo que entonces significaba ser enemigos del Régimen?*

– Bueno, no creo que eso pueda medirse así, más mérito, menos mérito... Y el origen de un escritor no siempre tiene una relación tan directa con el contenido de su obra. A veces eso ocurre y a veces no. Pero, claro, sí es cierto que muchos escritores, más que dar un giro político respecto a la ideología de sus familias, lo que hicieron fue tomar conciencia del horror de la dictadura y ser contrarios a ella por razones, entre otras cosas, puramente éticas. Jaime Gil de Biedma lo explicaba de forma muy sincera y también gráfica: «Mis ideas cambiaron mucho tiempo después de que hubiera en España un millón de muertos...»

«Creo que soy el único de toda la Generación del 50 cuya familia estaba abiertamente en el bando de los perdedores»

– *¿Qué es más exacto a la hora de definir su poesía: decir que son poemas políticos o sociales?*

– Pues las dos cosas, creo yo. Hay algunos poemas como el «Discurso a los jóvenes» que son claramente políticos, en ese caso concreto porque está escrito como la caricatura de un discurso político de la época, un discurso que podría ser del propio Franco. Y otros poemas son, efectivamente, más sociales, aunque en aquel momento una cosa iba bastante cosida a la otra, porque denunciar o simplemente describir la miseria de aquel país horrible era en sí mismo un acto de rebelión política: no olvides que el Régimen de Franco intentaba dar una imagen triunfal de España, hacer ver que el país había sido librado de sus enemigos, se recuperaba a marchas forzadas del desastre de la guerra y pronto ocuparía un lugar entre las naciones más prósperas del mundo. Hacer ver la involución espantosa que sufríamos ya era subversivo; contar la mala vida de la gente, dar testimonio del hambre que se pasaba, la injusticia que gobernaba el país o sencillamente la tristeza que lo oscurecía todo, era un acto de insubordinación.

– *¿Cuándo comenzó su relación con el Partido Comunista? Ahí sí que se volvió usted subversivo, porque llegó a tener oculto en su casa a uno de los enemigos públicos del franquismo, el escritor, y futuro ministro de Cultura socialista, Jorge Semprún, al que conocían con el alias de Federico Sánchez. Debió pasar muchísimo miedo, en aquellas circunstancias.*

– Yo empiezo relativamente pronto a relacionarme con el Partido Comunista. Fue a través de Juan García Hortelano que ya estaba muy metido en el PCE, y se podría decir que la cosa vino dada y que uno tenía la impresión de ocupar su sitio de manera natural. Por supuesto que también había muchas personas, y entre ellas muchos escritores, que preferían no buscarse problemas o que no tenían tampoco un interés político; o no se entregaban a ideologías y siglas concretas; o no querían dar el paso que va de la reflexión a la acción, que entonces era un paso que podía llevarte

---

«Denunciar o describir la miseria de aquel país horrible era en sí mismo un acto de rebelión política»

fácilmente a la cárcel y dejarte allí diez o quince años. Y los que dábamos ese paso de una u otra manera, por supuesto que teníamos miedo, pero en fin, qué le íbamos a hacer, además del miedo teníamos la convicción moral de que había que cumplir.

– *¿Y lo de Jorge Semprún? ¿Cómo llegó a su casa de Madrid, que es la misma en la que aún vive, en la plaza de San Juan de la Cruz?*

– La historia de Federico Sánchez refugiado en mi casa empezó un día en que me vino a ver el novelista Armando López Salinas, que por aquel entonces era algo así como el enlace entre los intelectuales y el partido, quien los captaba, hablaba con ellos, les daba instrucciones o consignas, les contaba cuál era la dirección que marcaba desde el exilio la dirección del PCE. Armando siempre nos venía a ver a Juan García Hortelano y a mí al trabajo, al Ministerio de Obras Públicas y si te soy sincero, tengo que confesar que nos llevábamos un serio disgusto y nos echábamos a temblar cada vez que iba allí de visita, porque siempre era para pedirnos algo que resultaba, en algún aspecto, peligroso. En esa ocasión de la que hablamos, nada más llegar dijo que sólo me quería ver a mí, cosa que me extrañó, porque siempre nos llamaba a los dos a la vez, y sin andarse por las ramas me pidió que tuviera en casa a Federico Sánchez, porque los habituales refugios que él usaba en España cuando entraba de incógnito desde Francia, estaban muy vigilados por la policía y le parecía que mi casa, al ser una casa de funcionarios de Obras Públicas, era un lugar seguro. Y bueno, no tuve más remedio que decir que sí, temblándome las piernas mientras lo decía, porque aquello sí que era realmente arriesgado. Imagínate, si todo era tan peligroso que Semprún contaba que una vez estuvo a punto de delatarlo su ignorancia del fútbol, que no le interesaba en absoluto, porque estando en un bar, alguien dijo algo del Real Madrid y de Alfredo Di Stéfano, ni más ni menos, y él, que se estaba haciendo pasar por una persona normal, que vivía y trabajaba en Madrid, preguntó: «¿Di Stéfano?

«La historia de Federico Sánchez refugiado en mi casa empezó un día en que me vino a ver el novelista Armando López Salinas»

¿Y quién es ese Di Stéfano?» Si le llegan a coger en mi casa, estoy seguro de que a mí me caen veinte años de cárcel.

– *¿Es cierta la leyenda de que un policía secreto con quien solía charlar en el Ministerio de Obras Públicas cada mañana pudo haberle avisado de que iban a por Semprún, que sabían que estaba en Madrid y casi lo tenían localizado?*

– Es cierto que me lo dijo, pero no creo que fuera para avisarme. Era un personaje extraño, pariente de mi jefe, que venía cada mañana a mi oficina a leer los periódicos y a pasar un rato charlando conmigo, puesto que ninguno de los dos teníamos nada que hacer. Era policía, efectivamente, pero por lo general estaba destinado más bien a asuntos administrativos, ocupándose de los informes sobre extranjeros, y asuntos de ese tipo. Pero cuando había alguna crisis política, o necesitaban refuerzos, lo pasaban a la Brigada Político-Social. Y es cierto que una mañana, estando Semprún oculto en mi casa, vino y me dijo: «Bueno, ahora estoy otra vez adscrito a la Brigada Político-Social porque sabemos que está en España un comunista muy importante, una figura clave en el Partido Comunista y que tú no sabrás quién es, pero que le llaman Federico Sánchez, aunque ése no es su verdadero nombre, por supuesto. Sabemos que está aquí, sabemos cuándo entró y estamos seguros de que esta vez cae, porque más o menos está claro dónde puede esconderse.» Y se apoderó de mí un pánico feroz, porque me pregunté si ese hombre sabría que Federico Sánchez estaba ahí al lado, en mi piso, justo enfrente del Ministerio. En cuanto pude, fui corriendo a casa y él estaba efectivamente allí, aún no había salido. Le conté que tenía a la policía detrás y él me miró con curiosidad, pero con cierta indiferencia, y no hizo ningún comentario. Me dio la impresión de que ya sabía lo que estaba ocurriendo y de que ya le había buscado un remedio. De hecho, me tranquilizó asegurándome que en un rato irían a buscarlo en coche, y nos despedimos. Pero cuando más tarde salí de la oficina y volví a casa, me lo encontré allí delante, paseando,

---

«Si llegan a coger a Semprún en mi casa, estoy seguro de que a mí me caen veinte años de cárcel»

porque aún no habían ido a buscarle. Así que le acompañé en el paseo un rato y entonces fue cuando me contó que él estaba en el partido y en la política por razones morales, pero que en realidad lo que quería era ser escritor. Ser escritor es algo que sueña mucha gente, pero que lo consigue poca, ¿no? Pero él no iba desencaminado, porque unos meses después creo que fue cuando le dieron el premio Formentor, por *El largo viaje*; o sea, que tenía razón. Y ahí lo tienes, hasta ahora.

– *¿Y usted? ¿Cuándo y cómo sintió, por primera vez, la vocación literaria?*

– Casi todo lo que uno quiere ser en la vida, lo quiere ser por imitación: un niño que sueña ser pintor o futbolista lo hace para parecerse a un pintor o un futbolista a quienes admira, le gustaría hacer lo que ellos hacen, ver sus cuadros en los mismos museos o meter goles en los mismos estadios. Y con la literatura pasa igual. Yo empecé a leer muy pronto, y aunque la economía de mi familia no era muy buena, fui reuniendo poco a poco una modesta colección de poesía, que seguramente no llegaba ni a los veinte volúmenes, pero que yo releía una y otra vez. Ese deseo de escribir por el que me preguntas se fue formando en mí a medida que el placer que sentía como lector aumentaba. Me acuerdo, por ejemplo, de haber notado algo que no había sentido nunca, mientras leía al marqués de Santillana, de tener la impresión de que aquello era lo más hermoso que podía hacerse en la vida, aunque creo que en ese instante aún lo miraba desde fuera, como espectador, igual que uno puede ver un cuadro de Velázquez o escuchar a Mozart, con admiración y es posible que incluso con un poco de envidia, pero sin decirte: yo puedo hacer eso también, o por lo menos voy a intentarlo. Eso ocurrió más adelante, cuando empecé a leer a Juan Ramón Jiménez, a Rubén Darío, a García Lorca y el resto de los autores de la Generación del 27. En ese momento sí que pensé que me gustaría escribir, no para publicar, sino sólo como un modo de placer o de necesidad personal. Y de hecho tardé mucho en ense-

---

«Mi vocación literaria creo que empezó a manifestarse mientras leía al marqués de Santillana»

ñarle lo que hacía a alguien. Ese alguien fue mi amigo Carlos Bousoño, que ya era un poeta de cierto prestigio.

– *¿Cuál fue su reacción?*

– Pues me animó muchísimo y siempre se lo agradecí. Me dijo que lo que yo escribía le gustaba, que yo tenía una voz poética y que debía seguir trabajando. También se ofreció a enseñarle algunos de esos poemas a Vicente Aleixandre. Ese aliento de Bousoño fue muy importante y yo creo que, en gran medida, es lo que me hizo empezar a pensar en mí mismo como escritor. Tal vez influyó también el hecho de que yo estaba seguro de que Carlos no iba a engañarme, que iba a decirme sinceramente lo que pensaba de mis poemas, porque éramos amigos desde niños, jugábamos en las mismas calles de Oviedo y hasta compartíamos mi bicicleta a menudo, así que no tenía ninguna necesidad de ser hipócrita, ni de mentirme. A lo mejor si otra persona de menos confianza me dice lo mismo, yo hubiera pensado: no es cierto, lo hace sólo por pura cortesía. Pero con Bousoño no cabía ni remotamente esa posibilidad en lo personal, y además, también valía su peso en oro en lo profesional, porque él era ya un crítico muy importante, así que aquel juicio tan positivo que hizo de mis cosas tuvo para mí un valor doble y fue un respaldo tan firme que empecé a tomarme en serio como poeta.

– *Y pronto empezó a publicar y a leer en público sus poemas. Por cierto que sus recitales siempre son multitudinarios, la gente acude a oírle, le lleva sus libros para que se los dedique, y cuando va a alguna feria, es de los pocos poetas a los que se les agolpa el público en las casetas de firmas. Usted que ha vivido los tiempos de penuria cultural en que empezó a publicar, disfrutará mucho de su éxito actual.*

– Claro, por supuesto, y no sólo por lo que supone para mí, sino por lo que representa como síntoma, como señal de que ya no somos aquel país sin ganas, ni preparación, ni medios para dedicarse a leer. Las cosas han cambiado mucho, desde luego.

«El aliento de Bousoño fue muy importante y en gran medida es lo que me hizo pensar en mí mismo como escritor»

Antes, publicabas un libro de poemas y si vendías doscientos ejemplares podías darte por satisfecho. Y no había, ni por asomo, la cantidad de lecturas y actos culturales que hay ahora en cualquier ciudad, a diario. Yo recuerdo la primera lectura en público que hice en mi vida, que fue en el pueblo asturiano de Tapia de Casariego, famoso por sus mariscos, y te puedo decir lo que me pagaron por la actuación: un centollo.

– *¿Le pagaron en género? ¿Y qué hizo con su sueldo?*

– Pues qué iba a hacer: les dije que, si no les parecía mal, lo preparasen allí mismo y nos lo comíamos entre todos. Y así fue.

– *Vaya, hoy día no me imagino a un escritor compartiendo sus honorarios con los asistentes a sus conferencias...*

– Bueno, pero es que ahora los escritores, como todo el mundo, tienen que pagar hipotecas muy altas, porque como España se ha convertido en un país de propietarios... Antes, nos conformábamos con comer cada día. Y, en cualquier caso, yo tengo un montón de amigos poetas que están siempre dispuestos a gastarse lo que ganan invitándote a comer o a tomar unas copas.

– *Es que sus amigos le quieren mucho, no hacen más que hablar bien de usted. ¿Es Ángel González, en su opinión, una persona tan buena como todo el mundo dice que es?*

– No creo, no sé. Puede que tengan tan buena opinión de mí porque me conocen poco. No, en serio, yo no tengo ninguna vocación de santidad, ni nada por el estilo, pero lo que sí he intentado toda mi vida es no hacerle mal a nadie. Bastante mal les va a hacer ya el resto del mundo, además, como para que encima yo le añada leña al fuego. En cualquier caso, a mí me parece más difícil ser malvado que bueno, y sinceramente creo que si realmente hay algo de angelical en mí eso no me hace ser ninguna excepción, porque siempre he estado rodeado de gente buena, personas que te ayudan, te tratan bien, te cuidan si lo necesitas. Y aunque sin duda habrá otros a quienes, con todo el derecho del mundo, podamos gustarle menos yo o mi poesía, tampoco se han tomado

---

«En la primera lectura en público que hice en mi vida, en Tapia de Casariego, me pagaron con un centollo»

la molestia, por lo general, de atacarme a fondo, ni de perder el tiempo en desacreditarme, así que, por un lado y por el otro, he tenido suerte en eso.

– *Pero usted es un pesimista que no parece tener grandes esperanzas en el género humano. Ni siquiera ha querido tener hijos...*

– No, ésas son decisiones importantes que uno toma y yo la tomé en su momento, es verdad. Pero las razones pueden ser de muchas clases. Cada uno ve la vida a su modo y decide qué compromisos quiere adquirir y cuáles no. Aunque a mí los niños me gustan, y yo les gusto a ellos, según he comprobado. Soy un buen tío postizo, me parece.

– *¿Tiene todo eso algo que ver con su carácter nostálgico y su poca fe en el futuro?*

– Quizá sea así. He escrito muchos poemas sobre la rutina del tiempo, sobre la igualdad de muchos días, Pero también otros que tratan de salvarse de la nostalgia, porque para mí, y de acuerdo con mi propia experiencia, no es cierto que cualquier tiempo pasado fue mejor: al contrario, fue peor, muchísimo peor.

– *«Te llaman porvenir porque no vienes nunca», dice uno de sus versos.*

– Sí, pero ese verso tiene un trasfondo filosófico, pero también social y político: por una parte, la esperanza quizá es lo último que se pierde, pero a menudo es también lo más difícil de satisfacer, porque lo que suele ocurrir es que no venga nunca lo que esperamos que venga. Pero en la época en que está escrito también describe un estado de rendición colectiva, habla de los días intercambiables en los que no pasaba nada de lo que yo, entre otros muchos millones de españoles, quería que pasase: que cambiara este país y que se acabara con la dictadura.

– *¿Y ése era un deseo tan poderoso que le llevó a usted de la reflexión a la acción, a la militancia en unas ideas. En su poema «El pensador» parece regañar a los intelectuales que se quedaban dentro de los libros y fuera de la realidad.*

«No es cierto que cualquier tiempo pasado fuese mejor: al contrario, fue peor, muchísimo peor»

– Ese poema, que yo escribí un poco a tientas, sin una idea preconcebida de por dónde iba a llevarlo y, más bien, dejándome llevar, como si yo le siguiera a él en lugar de al contrario, parte de una idea creo que muy clara: que dedicarse a especulaciones teóricas e intelectuales no conduce a nada.

– *Usted ha combatido la dictadura desde la ironía, y eso hace que sus poemas tengan con frecuencia ese tipo de segundas lecturas. Ocurre en otro de los que siempre lee en sus recitales, el titulado «Inventario de lugares propicios al amor.»*

– Cuando me puse a escribir ese poema, al contrario de «El pensador», sí que tenía una idea previa, y muy definida, de lo que quería decir, y lo planteé para que fuera, más o menos, lo que resultó ser. Es un poema que tiene una lectura erótica inmediata, pero en él queda claro que, en el fondo, lo que quería era denunciar la represión, y en particular la enorme represión del amor en esa época hostil que nos tocó vivir.

– *Casi debe parecerle mentira disfrutar ahora de la libertad, después de haber sufrido tantas prohibiciones en su juventud.*

– Pues sí, pero sólo ahora, cuando lo miro de forma retrospectiva. Por aquel entonces, y aunque parezca increíble, llegué a acostumbrarme a que casi todo estuviera prohibido y lo veía casi sin extrañeza. Hombre, es que duró mucho tiempo aquello, se convirtió en una norma, lo gobernaba todo.

– *¿Dejar Oviedo para ir a vivir a Madrid era un modo de buscar horizontes más anchos, menos afixiantes?*

– Pues no sé muy bien por qué quería venirme. Por renovar el aire, o sencillamente para abrirme camino y buscarme la vida en la capital. No fue nada concreto y fue una mezcla de todo, supongo. En cualquier caso, el traslado me lo facilitó mucho mi prima Carmen, Carmina, que fue la que me financió mis primeras estancias en Madrid, la que tiró de mí y me dio ganas de cambiar de ambiente. Es verdad también que a mí me fascinó Madrid, con su vida cultural, sus tertulias en el Café Gijón a las que podías añadirte sin que nadie te dijera nada, ni te excluyese.

«Quería denunciar la represión, y en particular la enorme represión del amor en esa época hostil»

– *Un poema suyo que llama la atención es «Centro comercial», que aparte de que podría valer para esos tiempos en que tanta gente pasa tantas horas de su vida en esos lugares, tiene también una segunda lectura, porque habla del momento en que algunos españoles ya empezaban a consumir, a finales de los sesenta, y da la impresión de que aquel cierto desarrollo económico a usted no le gustaba, porque podía contribuir a que se perpetuara el Régimen. Debía tener en ese aspecto un sentimiento encontrado.*

– Ninguno en absoluto. Al contrario: yo lo tenía clarísimo. En aquellos años, cuanto peor, mejor.

– *¿Qué opina de aquellos que dicen que «contra Franco también se escribía mejor»?*

– Hay quien dice que la censura nos obligó a afilar los procedimientos poéticos, porque todo teníamos que decirlo oblicuamente, con ironía, con distancia. Hay quien dice que la censura benefició a la buena literatura en este país. Yo no lo creo. No creo que la censura beneficie nunca a nada ni a nadie.

– *¿Usted se ha censurado mucho?*

– Todos nos autocensurábamos. El gran problema de la censura es que metía un censor dentro de cada uno de nosotros. Cuando dábamos por terminado un libro, ese libro era previamente censurado por nosotros. Y de lo que se salvaba, algunas cosas colaban, pero otras no. A veces eran detalles y otras veces, mutilaciones tan definitivas que hacían imposible publicar un poema o hasta un libro completo. Por ejemplo, Jaime Gil de Biedma no llegó a un acuerdo con Fraga para publicar su poesía completa, y ese libro lo guillotinaron, aunque algunos ejemplares se salvaron y hoy son muy apreciados por los bibliófilos. Yo no sufrí tanto la censura, aunque sí es cierto que me quitaron tres o cuatro poemas de mi libro *Grado elemental*, publicado en Francia por la editorial Ruedo Ibérico, cuando los quise incluir en mi Poesía Completa.

– *¿Cómo sabía uno mismo, en aquellos años, que se había convertido en «sospechoso»?*

«Hay quien dice que la censura benefició a la buena literatura en este país. Yo no lo creo»

– Bueno, es que yo ya sabía que lo era, pero en cualquier caso, lo confirmé bruscamente cuando me quitaron el pasaporte y estuve sin él más de un año. Fue entonces cuando me enteré de que los españoles no teníamos derecho a pasaporte, que era una especie de concesión gratuita del Estado, de manera que te lo podían quitar y no tenías derecho a reclamarlo. Era como vivir en una cárcel, unos dentro de los presidios y otros fuera, pero todos enjaulados.

– *¿Y por qué se lo quitaron?*

– A mí me lo quitaron porque quise viajar a Yugoslavia, a un congreso que se celebraba en Dubrovnik al que me habían invitado, y fui a ver al General Vigón para pedirle que me diera una carta o algo que justificara mi viaje. que era puramente literario, no era político. Y Vigón me dijo «¿Está usted loco? ¡Ni se le ocurra pedir un permiso especial! Haga lo que quiera, pero no se lo aconsejo.» Y en efecto, lo pedí y la respuesta inmediata fue quitarme el pasaporte.

– *¿Cree que con la Ley de la Memoria Histórica se hace justicia, de algún modo, a las víctimas de la represión?*

– Yo creo que es importante poner las cosas en su sitio, porque todo aquello quedó muy descolocado durante la posguerra, que fue muy larga, demasiado, y creó versiones y visiones erróneas, completamente equivocadas. Y por eso yo creo que poner las cosas en su sitio está bien. Es cierto que esta ley lo hace con cierta timidez, no creo que lo ponga todo en su sitio, pero bueno, era necesaria.

– *¿Y qué es lo que falta por poner en su sitio?*

– Yo creo que no se da idea de la radicalidad de las cosas, de lo feroz que fue todo aquello. Tal vez es que se hacen ciertas concesiones a aquellos que no están de acuerdo con remover el pasado, pero, en fin...

– *¿Y cómo es posible que eso ocurra, que haya gente capaz de defender que no se dé a conocer lo que realmente pasó?*

– Tenía yo un pequeño poema que decía que lo que querría borrar alguna gente no era el pasado, sino sus huellas dactilares. Si no las suyas ya, sí las de sus papás.

«¿Memoria Histórica? Es importante poner las cosas en su sitio, porque todo aquello quedó muy descolocado»

– Su hermano está enterrado, como tantos otros, en una fosa común. ¿Nunca ha pensado en recuperar sus restos?

– Si mi madre viviera, seguro que querría recuperar los restos de mi hermano, pero yo no. Porque a mí encontrar un esqueleto... qué más me da. Yo no creo en la eternidad, como he dicho en algún poema, de modo que a mí qué más me da que sus huesos estén en una fosa común o en una tumba. Eso para mí no tiene valor ni importancia. No quiero enterarme de muchas cosas, no tengo la curiosidad de saber los detalles. Hubo un hombre del sitio donde mataron a mi hermano que me dijo varias veces: «Tengo que hablar contigo, te lo voy a contar todo»; y yo no quise tener esa conversación, no quise saber. Lo grave para mí es que lo mataron, y ahora, a estas alturas, lo que quede de él para mí ya no significa nada.

– De todas formas, hablar sólo del compromiso y la poesía social es reducir su obra. También ha escrito muchos poemas amorosos, aunque esos poemas a menudo hablan más de la dificultad que del placer de una relación amorosa.

– Bueno, hay de todo. Hay, por ejemplo, un poema que casi siempre me piden en las lecturas que hago, «Si yo fuera Dios», que es amor y nada más que eso. Hay en mi obra algunos poemas, desde luego, que hablan de la dificultad del amor, pero también hay otros que hablan de la felicidad del amor. En ese aspecto tengo que decir que sí era optimista.

– ¿Y ese optimismo tuvo razón?

– Sí, sí, ese optimismo cristalizó en mi mujer, Susana.

– A pesar de los poemas más tristes...Aunque a usted no le gusta nada hablar de su vida privada: sus amigos suelen decir que está lleno de reservas, que no cuenta mucho de su pasado...

– A veces hay reproches en la relación de pareja y se ignoran muchas cosas. Pero eso me ocurre a mí y le ocurre a cualquiera, ¿no? Y con respecto a lo otro, sí que cuento, respondo cuando me preguntan sobre mi obra, mis compañeros o mi experiencia de la Guerra Civil, pero nunca de asuntos personales, de eso es verdad

---

«Si mi madre viviera, seguro que querría recuperar los restos de mi hermano, pero yo no. Yo no creo en la eternidad»

que no cuento nunca nada. Con los amigos hago algunas excepciones, no muchas.

– *¿Por eso no ha escrito sus memorias?*

– Sí que se me ocurrió escribirlas, e incluso hice algunos intentos, pero no encontré el tono. Por ejemplo, me parece que sería difícil hablar de mi infancia durante la Guerra Civil con distancia, como requiere la escritura, sin incurrir en el patetismo. Eso lo hace muy bien mi amigo Paco Taibo, que tiene un libro maravilloso que se titula *Para parar las aguas del olvido*, donde habla de nuestra infancia en Oviedo en plena Guerra Civil y encuentra un tono muy agradable, preciso, de una limpieza ejemplar, en mi opinión. Y, aparte de eso, mentiría si no reconociese que tampoco he escrito una autobiografía porque realmente no quiero hablar de mí. Ésas son historias que o encuentras el tono que encontró Taibo o, de lo contrario, si las conviertes en literatura, malo, y si no las conviertes en literatura, peor.

– *¿Es usted pudoroso?*

– Sí, soy bastante pudoroso, pero es que además todo lo que yo pudiera contar se sabe ya, está contado de muchas maneras y por muchos escritores. Y yo alguna vez me he sentido tentado y me han empujado a ello, pero he desistido de la idea.

– *Podría haber buscado ese tono en su propia poesía, donde hay muy poco patetismo.*

– Claro, en la poesía sí creo haber conseguido eso, distanciarme, hablar de las cosas más íntimas, como dices, sin patetismo. Realmente mi biografía está en mis poemas. Y está bastante clara, creo yo. ¿Para qué escribir en prosa lo que ya has escrito en verso?

– *Quién sabe si la ironía característica de una parte de su poesía no esté en el hecho de ser asturiano, como usted suele argumentar, sino que sea una salida de emergencia, un atajo que se ha buscado para no hablar a cara descubierta de ciertas cosas.*

– Bueno, la ironía, que en un principio fue un arma contra la censura, se acabó convirtiendo en una forma de reflejar la ambi-

---

«Mentiría si no reconociese que no he escrito una autobiografía porque realmente no quiero hablar de mí»

güedad de las cosas, la ambigüedad del mundo, que es así y es al revés, porque las cosas son de una forma y también de la contraria. Y eso sólo se puede dar con el escepticismo tal y como yo lo entiendo, con un fondo de ilusión o de esperanza. El mundo es ambiguo y la ironía permite reflejarlo así, porque es también ambigua.

– *Vivir sin esperanza pero con convencimiento, como manda uno de sus títulos más celebrados...*

– Primero escribí el poema y luego me di cuenta de que ahí estaba el título del libro. Sin esperanza en lo que se refiere a mi vida personal; con convencimiento en cuanto a lo que podríamos llamar el progreso de la Historia.

– *Es un libro que escribió a finales de los cincuenta.*

– Sí, en unos momentos en que yo tenía fe en la marcha de la Historia, sobre todo cuando estaba en el Partido Comunista, porque entonces pensábamos que la situación era tan mala que no cabía duda de que las cosas iban a cambiar para mejor. Pero en cambio mi vida personal estaba ya destruida. Yo entonces ya veía que lo que había soñado, pensado o idealizado, en mí no se iba a realizar. Ya no era posible realizar el sueño de tener una vida digna. No como poeta, sino como persona.

– *¿Por qué?*

– Yo mi vida ya la consideraba, en cierto modo, perdida. La Guerra Civil para mí supuso un cambio interior profundo, me llevó a la desmoralización y al descreimiento. Todo lo que me habían enseñado en casa, que en ese aspecto era un hogar de personas optimistas, se vino abajo: «Hay que portarse bien porque eso basta. No hay que esperar ninguna recompensa fuera de este mundo, sino sólo comportarse correctamente y ser honesto.» Entonces me di cuenta de que no era así, de ningún modo, y eso supuso una grave decepción e incluso una pérdida de valores morales. Yo aprendí entonces a hacer trampas, a mentir, y desde entonces nunca he dejado de hacerlo. En ocasiones, la vida te ponía cosas agradables entre las manos, pero incluso entonces uno casi sentía que ser feliz era una traición.

«En la guerra aprendí a mentir y desde entonces nunca he dejado de hacerlo»

– Pero ¿y la felicidad personal, la que necesitaría, sin duda, para escribir tantos poemas de amor memorables?

– La felicidad personal la sentía en muchos momentos, pero como te digo, en lo demás yo me desmoralicé por completo, perdí todos los valores morales que me habían inculcado en casa antes de la guerra y entonces me acostumbré a mentir. Desde entonces no doy casi nunca un dato verdadero de mi estatus social, por poner un ejemplo. Así que cuando me preguntan dónde vive usted, yo trato de dar una dirección falsa. Eso se me ha quedado, la costumbre de mentir y el intento continuado de tratar de aprovecharme de todos los resquicios que tuviera a mano, fueran o no moralmente lícitos. Una estrategia de supervivencia que todavía me queda.

– En esta serie de entrevistas suelo incluir una pregunta «prestada» por otro escritor. JavierMarías, a quien entrevisté en el número anterior, quiso preguntarle sí, como lector, no ha encontrado en ocasiones en la prosa narrativa momentos de altura poética incluso mayores que en la propia poesía.

– Sí, por supuesto. De hecho, su último libro, el tercer volumen de *Tu rostro mañana*, que acabo de terminar y que me parece su mejor novela, está lleno de momentos muy poéticos.

Hasta aquí llega la grabación de aquella mañana. Cuando nos despedimos, fue para citarnos en otro momento y acabar la entrevista. Pero eso ya no fue posible. Ángel González tuvo una crisis respiratoria, muy parecida a las que había padecido en los últimos tiempos, y su mujer y algunos amigos, que habían quedado con él, como tantas veces, para cenar cerca de su casa, lo llevaron al hospital. No parecía nada grave, como dice el título del que será su libro póstumo. Pero esta vez, todos se equivocaron y el poeta cerró sus ojos –esos con los que solía opinar en silencio– para siempre. Seguramente tiene razón y a todas las preguntas que pudiera haberle hecho ya ha dado una respuesta en sus poemas.

«Me queda la costumbre de mentir y el tratar de aprovecharme de todos los resquicios que tuviera a mano»

Lo van a comprobar, ahora y en el futuro, los muchísimos admiradores de la obra de Ángel González, que sigue tan viva como siempre